

4. Árabe

عربي

NOVIEMBRE 2024

*“¿Cómo se puede rivalizar con Occidente? Inventaron la inocencia.
Masacran pueblos enteros y luego inventan Walt Disney”*

Louisa Yousfi, *Seguir siendo bárbaro*

—Explícanos, Nadia, ¿cómo es posible que una mujer como tú acabase con un hombre como Jhon?

El que lo decía era un ex alto rango de Washigton, su mujer trabajaba en una fundación millonaria importante investigando como científica. Su amiga era la encargada de la cata de vinos en un famoso restaurante. Los tres se dedicaron esa noche en la campiña francesa a hablar de nada. Nada. La nada para mí es contar algo para esconder una vida triste. La nada para mí es hablar de cosas que no son sustanciales, ni suman, ni aportan, ni señalan lo relevante.

—Una vez me quedé atrapada en Bali y toda mi ropa estaba ya sucia. *¡Oh my God!*

—Estaba tan bueno el vino en ese pueblo italiano... Y ellos ni siquiera lo sabían.

No te preocupes, Nadia, tú también eres superficial a veces. Incluso frívola. Traga saliva. Es fácil, quítale una “i” a tu nombre y conviértete en Nada. Me digo eso mientras me toco el lóbulo de la oreja donde reposa mi pendiente de oro que le queda muy bien al kaftán azul que me

bordaron en Fez hace un mes. Lo estoy estrenando, es suave, de una seda que se desliza sobre el cuerpo y lo envuelve sin marcarlo. *Sonríe, sonríe, sonríe. Habla de cosas exóticas, Nadia. Juega con ellos. Son sus amigos, esa es su gente, no puedes evitarlos. Venían con todo, como tú.*

Esa noche, en aquel precioso castillo rodeado de bosques frondosos, nos llegaron a todos las noticias de los primeros bombardeos en el Líbano. Mis amigas estaban atrapadas allí. También algunos de nuestros conocidos, de los dos. Esa gente, esos árabes, eran sobre todo mi gente. Yo, que soy mora, también yo, que soy árabe.

Mientras ellos sonreían hablando de vino, los míos estaban muriendo. Sí, los míos, los míos son todas esas personas que se gritan en árabe, que han sido ocupados, masacrados, perseguidos. Los míos son los que dicen "Allah" al final de cada frase, aunque sean cristianos, aunque sean drusos maronitas, aunque sean musulmanes, aunque sean practicantes, aunque sean unos desgraciados. Son mis desgraciados. Los míos eran todos los que se habían sentido como los árabes de mierda en un mundo donde, para ellos, para los comensales de aquella cena, nos dividimos entre terroristas y oprimidos. El genocidio había alcanzado cifras escandalosas y ahora le tocaba al Líbano. *Cariño, acabas de ver la notificación en tu móvil. ¿Por qué no nos vamos?* Lo pensé, pero no te lo dije. Porque en ese mismo momento hiciste algo que solo yo pude ver.

Miraste el teléfono y lo volviste a meter en el bolsillo.

Apenas una breve mueca que duraría un milisegundo en el metaverso fue la muestra de tu incomodidad.

Y, sin embargo, no dijiste nada.

Ni tú, ni ellos, ni yo.

Hablar habría sido de mal gusto. Sobre todo, para mí, que estaba entre vosotros y que podía reconocer que estaba muy excepcionalmente en esa mesa. Que habría sido muy molesto. Que no era el momento. Que no estábamos allí para eso.

¿Y para qué estábamos ahí?

Vosotros, erais vosotros los que decidisteis que, aunque la guerra existiera, no iba a interrumpiros. Vosotros, *cariño*, vais a la guerra, pero no la pronunciáis en vuestras cenas *chic* y sofisticadas. Vosotros, *cariño*, estáis congelados por la sangre que se estanca hasta oler mal en vuestras manos, en vuestros pasos, y en vuestros silencios.

Volviste a la conversación banal con una facilidad que me desarmó.

Yo no pude volver, quizás no solo a la conversación. Quizás no volví a ti, ni a mí, ni a nosotros.

Era esa mesa que parecía tan ingenua, absolutamente impoluta, la que yo deseaba romper con todo el cuerpo. Deseaba pegar tan fuerte hasta hacerme sangrar, deseaba que mi sangre de mora, de árabe, de marrón, salpicase vuestra ropa, vuestra cara, vuestros cuerpos.

Deseaba que mi ira rompiese vuestra paz mentirosa.

Deseaba ser una salvaje.

Deseaba salir del corsé, de la elegancia, del modo correcto.

Deseaba arrancarme ese suave kaftán. Romperlo con las manos.

En esa mesa, estabais decidiendo quiénes son los muertos que no importan en el mundo.

Y yo estaba sentada ahí.

Sonriendo.

Jugando a ser una de vosotros.

Mi kaftán azul no me salvó. No me salvó mi acento refinado, ni mis cinco idiomas de perfecta pronunciación. No me salvó que mi educación hubiese sido construida en la asimilación. Ni mis mechas rubias, ni mi corte de peluquería cara, ni todos los clásicos europeos que había leído. Ni Virginia Woolf, ni Shakespeare, ni Cervantes. Ni mi capacidad de hacer disertaciones sobre temas complejos. Ni mi rico vocabulario lleno de palabras rimbombantes. Ni mi capacidad de comprender los chistes y crearlos en todos los idiomas posibles. Ni mis cejas perfectamente depiladas. Ni mi maquillaje impoluto. Ni mis joyas. Ni mi manicura.

Ni mi cuerpo, ni mi cerebro me podían salvar de mí misma.

Nada me salvó de comprender que hay un momento en la vida de toda persona marrón, concretamente de las mujeres marrones que han atravesado la cortina de lo colonial y se han hecho un vestido con esa misma tela, donde una descubre que no ha podido huir lo suficiente de sí

misma, ni traicionarse lo suficiente para, por fin, ser vista. Ser vista por el imperio. Ante el imperio, a diferencia de quienes apelan solo a la clase, lo racial es una firma política que una lleva en la piel. Como cuenta Louisa Yousfi que le sucedió al escritor argelino Kateb Yacín: “Paisanos, estudiantes, camaradas revolucionarios. Todos unos bárbaros. Su estatus social no cambia nada. En la cárcel comprende que nunca salió de esa zona, que todos sus esfuerzos por hablar el idioma del civilizador y dominar cuestiones sobre su mundo son impotentes ante esa verdad: bárbaro soy, bárbaro seguiré siendo”. La autora franco-argelina Louisa Yousfi sonsaca de ese pensamiento la revelación elevada que dice: “bárbaro soy, bárbaro quiero seguir siendo”. La diferencia entre lo salvaje y lo bárbaro es que lo primero no tiene remedio, mientras que lo segundo puede ser civilizado, adiestrado, sometido. El sujeto bárbaro puede doblegarse y convertirse en un sumiso al imperio.

Bárbaros son quienes aceptaron renegar de su barbarie, pero sobre todo los que, como yo, fueron resultado de un proyecto civilizatorio lento, sutil y letal. Un proyecto basado en la traición. Si quieres parecerte a ellos, a los blancos —a ellos que son la medida del mundo—, tienes que tratar de dejar de parecerte a los tuyos. Quizás, como yo, hasta uses un kaftán azul como algo exótico.

Después de pasar por todos los rituales que te hacen parecer la civilizada más elevada, sublimarás tu parecido con

lo exótico, usando un único elemento diferenciador. Será tu "statement". Querrás decirles con ese kaftán que juegas a su juego mejor que ellos, pero que tu pieza es de otro color. Creerás que puedes salvarte de ti misma eligiendo estéticamente qué parte de lo tuyo encaja en su mesa, sobre la que luego querrás desangrarte como un cerdo. Por supuesto no, no comerás cerdo, porque quieres parecer elevada, pero no renegada. Somos unos "woke", abrazamos la espiritualidad y la cultura porque eso nos enriquece la mente blablabla.

Quiero vomitar.

Todo esto por amor. Para que así te quieran. ¿No es eso lo que buscaba yo? *Puede que ni siquiera quisiera tanto tu amor Jhon. Yo quería un aplauso del imperio. Qué ingenua, o no.* ¿No es eso acaso lo que deseamos todos los marrones de este mundo? ¿No es por desgracia esa la triste infamia árabe? Una que quiere competir con lo blanco para parecerse más a él, de otra forma. Ni siquiera es un mecanismo coherente. Quizás lo religioso aún resista en nuestros lugares de origen, pero los que nos fuimos, los hijos de esos salvajes que ya no podían civilizarse y que tenían que trabajar y servir al imperio, han traído hijos frágiles a ese imperio. Los hijos de quienes llegaron arraigados a su historia, están hoy arraigados a su tragedia identitaria.

En el plano político, el de la prensa y de las redes sociales, los largos mensajes dolientes que llegaban desde Irán, desde Palestina, desde el Líbano, decían lo mismo: *"Where is humanity?"*.

Pero no es verdad que esa frase apele a la humanidad. Esa frase hace algo que hacemos todos los marrones que vivimos en el norte global: pedir, suplicar y mendigar que nos vean como seres humanos. Sus vomitivos eslóganes de organizaciones de cooperación internacional muestran a nuestros hijos muertos de hambre, nuestros testimonios más traumáticos, nuestras opresiones más íntimas como prueba de nuestra rotura interna. Su propaganda sobre nosotros, sobre los otros, apela a la pena. Cuestiona nuestros derechos y los subordina a su pena. No son conscientes. Ponen más caras de afligidos que los que se mueren de hambre. Se llenan la boca del horror de nuestro triste destino y añaden la frase: “podría ser tu hijo”. No, no podrían ser vuestros hijos, no podrían ser vuestros muertos, no podrían ser vuestros. Porque eso es lo que consolida la fractura de este mundo: que los nuestros no son vuestros.

Hay que joderse.

Construyen un sistema donde los que vivimos entre ellos en sus países, suplicamos ser vistos. A veces en nuestros propios países una amnesia social nos borra la memoria. Suplicamos su pena, su lástima, su compasión. En ocasiones, hasta nos exponemos a ser violentados y a permanecer inmóviles para demostrarles que pueden “creernos”, que nuestra pasividad ante la violencia es una muestra de nuestra humanidad. Que no siempre hacemos saltar todo por los aires.

Queremos decirles que nosotros somos como ellos. Enfermamos, lloramos, sufrimos, perdemos, reímos,

follamos, nos enfadamos como ellos. Que el dolor no es nuestra condición natural. Queremos representar nuestra humanidad ante ellos, porque ahora son expertos en decir la palabra “deshumanizar” y en preguntarse y responderse, aún sin vergüenza ni escrúpulos. *¿Quiénes son ellos y nosotros? ¡Si todos somos iguales!*

Si todos somos iguales, dicen.

He vomitado.

La traición marrón empieza en momentos muy concretos. Quizás con el primer silencio ante un comentario que aún no sabes si es racista. Luego, te pilla sentada en una mesa con gente masticando gambas ignorando el mundo que violenta por elección propia a los que se parecen a ti. Un día, como dice Louisa Yusfi, nos sorprendemos hablando de “nuestras costas”, de “nuestras puertas”, de “nuestras fronteras”. Un día sus bárbaros también podrían convertirse en los nuestros.

Un día te olvidas de que la concesión es condicional.

La condición es la traición.

¿En quién nos convierte hablar su idioma, vivir sus códigos, homogeneizar nuestros cuerpos con los suyos? Jugar a que no pasa nada. Jugar a que su organización moral del mundo, que llevó al exterminio de nuestros pueblos, no es realmente una organización que separa el mundo en civilizados y en bárbaros.

La vergüenza es horrible, Jhon. Me avergüenza darme cuenta del tamaño de mi vergüenza.

Me maltrata descubrir que una parte de mí había creído, secretamente, que podría negociar mi salida. Que había una combinación correcta de inteligencia, belleza, sofisticación, cultura y amor que podría salvarme del destino colectivo de los míos. Como si pudiera convertirme en una excepción política. Como si pudiera acercarme tanto al centro del mundo que dejaran de verme venir de sus periferias.

Quizás toda mi vida había sido eso: un proceso de traducción. Saber exactamente cuándo reír. Cuándo callar. Cuándo hacer de “la mora brillante” una figura seductora y no amenazante. Convertir mi diferencia en un objeto elegante. Sofisticar lo árabe para volverlo tolerable. Volverlo cultural, artístico, sensual, incluso intelectual. Nunca demasiado político. Nunca demasiado dolido. Nunca demasiado vivo.

Porque el problema de lo árabe para Occidente es siempre la imposibilidad de controlar completamente su significado. El árabe muerto sirve para producir discursos humanitarios. El árabe refinado sirve para demostrar apertura multicultural. El árabe traumatizado sirve para producir compasión. El árabe violento sirve para reafirmar su miedo. Pero el árabe que comprende la estructura completa del juego provoca pánico. Produce una grieta, porque deja de pedir integración y empieza a señalar el mecanismo entero. El cosmopolitismo no había abolido las jerarquías del mundo, simplemente las había vuelto más sofisticadas. Ya no hacía falta llamarnos bárbaros

explícitamente. Bastaba con que nuestras tragedias no interrumpieran jamás la belleza de sus vidas. Bastaba con que la guerra siguiera ocurriendo en el mismo lugar simbólico donde siempre había ocurrido: lejos de la mesa, fuera del encuadre. Como un ruido de fondo desagradable que no debe arruinar el vino.

Ya Allah, por mí se pueden atragantar.

Amarte significaba comprender que mi deseo y mi creencia sobre el amor había sido colonizada sin que yo pudiese apenas decidirlo. Que amaros, a vosotros, a los blancos, también había significado querer acercarme a una forma de protección histórica. A vuestra estabilidad, a vuestra paz civilizatoria. A vuestra manera de existir en el mundo sin sentir permanentemente que vuestra humanidad debía ser demostrada. Yo también quise descansar de ser una amenaza. Descansar de representar el conflicto, el sur, el islam, la migración, la violencia, la frontera. Quise entrar en la ficción occidental de la individualidad pura. Ser solamente una mujer enamorada. Solamente inteligente. Solamente sofisticada. Solamente libre.

Pero el imperio nunca olvida del todo quién eres. Eso es lo que una tarda años en comprender. Puedes parecerte muchísimo a ellos, puedes dominar perfectamente sus códigos. Puedes incluso ser deseada por ellos, pero la historia sigue escrita sobre tu cuerpo. Hay una memoria política adherida a tu piel que ninguna educación borra completamente. Y entonces entiendes que

toda asimilación contiene una amenaza silenciosa: la promesa de que, si haces todo correctamente, algún día dejarás de pertenecer al lugar de donde vienes.

Pero no ocurre.

Y quizás, por eso, sentí aquella pulsión absurda de romperlo todo. Porque comprendí que había pasado demasiados años intentando demostrar que los míos y yo éramos tan humanos como vosotros, mientras vosotros conserváis intacto el privilegio de no tener que demostrar nunca nada.

Vosotros no podéis traicionar lo que sois, porque sois la medida del mundo. Vuestro dolor siempre fue universal, nosotros teníamos que convertir nuestras heridas en pedagogía para merecer atención.

Aquella noche entendí que no quería seguir mendigando humanidad. Que quizás había algo profundamente corrupto en desear tan intensamente ser reconocida por un mundo cuya estabilidad depende, precisamente, de decidir quién queda fuera de ella.

Pensé, entonces, en lo que me habían preguntado horas antes, con esa curiosidad algo displicente que no espera realmente una respuesta:

—¿Cómo es posible que una mujer como tú acabase con un hombre como Jhon?

Aquel hombre no preguntó: ¿cómo es posible que un hombre como Jhon acabe con una mujer como yo?

Ya, qué dura y qué real es la pregunta.

La pregunta no era tan identitaria como filosófica.

La respuesta sería que quizás pensamos que podíamos poner el mundo a prueba.

Conocernos en pleno colapso de la vida en algunas partes del mundo no era un detalle menor.

Palestina había hecho estallar algo más que una guerra. Había destruido la ficción moral sobre la que descansaban todas nuestras vidas sofisticadas. Después de Gaza, ya nadie podía fingir realmente no saber. Ya no era posible hablar de derechos humanos, de democracia, de dignidad, de civilización, sin que apareciesen los cuerpos de los niños palestinos debajo de cada palabra pronunciada.

Todos dormíamos peor, y quizás también todos simulábamos una especie de amnesia donde queríamos no pensar sobre cuántas veces el horror había sucedido en el mismo sitio, sobre la misma gente. Mi obsesión con Gaza me enfermaba. Gaza había convertido el lenguaje occidental en un escenario lleno de cadáveres. Comprendí entonces que Palestina no era solamente un territorio ocupado. Palestina era la prueba permanente que Occidente le exige al cuerpo árabe para demostrar que merece seguir vivo.

Esas fotos, esos vídeos, todas esas imágenes. Aún ahora me cuestiono cómo permitimos un mundo donde madres y padres tuvieron que enseñarnos los intestinos de sus hijos para ser creídos. Porque eso hicimos. Les obligamos a abrirse en canal las entrañas. Les dijimos (también lo dijeron otros árabes) que no bastaba con ser *homo sapiens sapiens*, que el peaje para el reconocimiento del derecho

humano es el desboque del dolor más atroz de la experiencia humana.

Que una madre tenga que sostener los restos de su hijo frente a un teléfono móvil para convencer al mundo de que la masacre existe. Que el horror tenga que convertirse en contenido circulable. Compartible. Viral.

El cuerpo árabe obligado a atravesar infinitos controles fronterizos morales antes de ser considerado digno de duelo. Y mientras tanto, algunos se preguntan si están obligados a ver imágenes demasiado violentas a la hora de cenar.

Qué obscenidad.

La obscenidad nunca fueron los cuerpos palestinos despedazados. La obscenidad era que el mundo necesitase verlos así para concederles apenas una fracción de atención o de conversación.

Aquella noche me quité el kaftán azul despacio, como si estuviese despegándome una piel ajena. Lo dejé caer sobre una silla de aquella habitación inmensa del castillo y me quedé mirándolo durante unos segundos. Era precioso. Seguía siendo precioso.

Unas horas antes me habías besado en el baño. Antes de salir a cenar me dijiste que era la mujer más bella del mundo. Me sentía tan amada, tan pletórica. De nuevo juntos, en un sitio para el que éramos dos desconocidos.

La seda seguía cayendo perfectamente. No tenía ninguna arruga. El bordado continuaba siendo delicado. El problema nunca había sido el kaftán. El problema era el

deseo que yo había depositado dentro de él. La esperanza secreta de que existiese un paréntesis en la vida donde ambos lográsemos escapar del mundo. La esperanza secreta de que llevarlo, también recordaría lo que yo quería recordar a quienes me rodeaban que era importante.

Sé que respondí a aquella pregunta. Creo que después mi mente se negó a recordar la respuesta.

Quizás sí esperé que tú dijeras algo. Te dije que me subía a la habitación, que no te preocuparas por mí, que me encontraba solo un poco regular. Tenía una llamada perdida de mi madre, tenía un mensaje suyo. “Qué bonito, hija. Disfruta, cariño”.

No respondí.

No te confundas, Jhon, no pienso que seáis monstruos. No me preocupan los monstruos. Me preocupan los seres humanos.

El horror contemporáneo no se sostiene solamente sobre la crueldad. Se sostiene sobre la distancia. Sobre la posibilidad de seguir siendo una buena persona mientras otros entierran a sus hijos. Sobre la capacidad de volver a la conversación.

Yo no pude volver, no solo a la conversación. Quizás no volví a ti, ni a mí, ni a nosotros.

Quizás me quedé petrificada, vestida con ese kaftán azul. Quizás podrían haberme enterrado esa noche. Quizás, también, podría documentar esa noche con los *stickers* que usa Greta para retratar nuestros momentos más icónicos. Escuché un audio suyo. Mi amiga española

estaba organizando el espectáculo que haría y cuyas entradas iban a ayudar a madres de neonatos en Gaza.

—He visto lo del Líbano, qué horror tía. Me estoy poniendo enferma. Cuéntame cosas amiga, te quiero.

Sonreí. Las amigas son el refugio del alma.

Greta no puede bañarse en el mar porque dice que escucha a los muertos ahogados.

Greta es igual de rubia que vosotros, Jhon. Greta traiciona lo blanco cada vez que asume perder seguidores por nombrar un genocidio. Greta nombra, porque creer que traicionar al sistema es lo justo. Aunque también le duela el corazón porque se lo han roto. Aunque tenga que dormir a dos hijos todos los días. Incluso si no los tuviese. Greta hace la compra, saca adelante un negocio, manda *stickers*, llora a menudo, tiene dilemas sobre si flequillo sí o si flequillo no.

Pero Greta, Jhon, sé con absoluta certeza, que Greta no es capaz de meter el móvil de vuelta en el bolsillo mirándome a los ojos.

En ese gesto yo maté algo para poder vivir.

¿Nos maté?

Esa noche comprendí que jamás dejaría de cargar conmigo misma y, por primera vez en mucho tiempo, ya no sentí deseos de huir de esa mujer que era yo.